



Mi Última Clase de Anatomía

A mis diecisiete años ya sabía que había encontrado al amor de mi vida cuando vi por primera vez en la facultad de medicina a mi profesora de anatomía. Virginia, con apenas veinticinco años, era quien dictaba las clases en el anfiteatro. Siempre se quedaba hasta tarde y en muchas ocasiones amanecía allí con “sus seres estáticos”, como decía ella, poniendo alfileres en los cadáveres para los exámenes de sus estudiantes, organizándolos por sexo o por edad, abriéndolos y buscando los órganos en mejor estado para ser partidos luego en pedazos y enseñarnos las particularidades del cuerpo humano. Al final de una clase fui a las salas de morfología fingiendo que quería estudiar, pero lo que realmente quería era hablar con ella, conocerla, con la esperanza de que quizá algo podría pasar entre nosotros.

- ¡Hola Virginia!, dije efusivamente cuando la vi. Perdón. Hola profe, añadí con voz temblorosa y con mi corazón a punto de salirse de mi pecho.

- ¿Qué quiere? Estoy ocupada. Dijo tajantemente, con una mirada plana, vacía y con un rostro hermoso, pero inexpresivo.

En ese momento sentí que diseccionaba mi corazón con sus hirientes palabras. Pensé en lo que Felipe, mi mejor amigo, me había dicho hacía aproximadamente una semana cuando le conté que pensaba ir allá: “No te enredes en su cara bonita, mira que todo el mundo dice que ella es fría como sus muertos y que sólo le gusta hablar con ellos”. Quizá tenía razón, por eso se enojó conmigo y no lo veo ni responde mis llamadas desde entonces. Mi mente estaba divagando en todas esas cosas cuando Virginia rompió mis pensamientos al decirme:

-Ponte esos guantes y ayúdame a diseccionar este cadáver si quieres. Lo conseguí justo hace una semana. Por respeto con el difunto, no le quites la sábana del rostro.

- Está bien. Muchas gracias, dije nerviosamente.

Me extrañó la sonrisa que se dibujó en su cara. Me puse los guantes tal como había dicho ella y comenzamos la ardua tarea. Ya estaba muy de noche cuando por fin terminamos gran parte del proceso y estaban todos sus órganos visibles. Dijo que descansáramos un momento, se

fue y regresó prontamente con un jugo de naranja, lo bebí ávidamente, estaba frío y delicioso. Casi de inmediato comencé a sentirme mareado, mi visión se puso borrosa, los párpados pesados se me empezaron a cerrar como si estuvieran abatidos por el sueño. Sentí que no podría permanecer más tiempo de pie así que me sostuve de la mesa donde estábamos trabajando. Ella continuaba mirándome sin decir nada y sin ofrecerme ayuda, lo cual me hizo preocupar porque casi ni podía hablar y mi lengua estaba temblorosa como para moverla fluidamente. Tomé con mis manos la sábana por la parte que cubría el rostro del cadáver, usando la escasa fuerza que me quedaba antes de caer al suelo; mientras la arrastraba conmigo, y antes de quedar inconsciente, logré ver por fin a mi amigo Felipe.

Johan Flórez



La Sirena

Por: Paola Esteban